

A scenic view of a rocky coastline. In the foreground, there are large, grey, jagged rocks meeting the blue ocean. In the middle ground, a stone tower with a classical-style roof and columns stands on a rocky outcrop. A tall palm tree is positioned behind the tower. In the background, a coastal town with buildings is visible on a hillside under a clear blue sky.

Gaston Racine

El ateísmo práctico

**El verdadero rostro
de la aflicción**

Gaston Racine

El ateísmo práctico

El verdadero rostro de la aflicción



L'atheisme pratique/Le vrai visage de l'affliction

Gaston Racine

© Ferran Cots (edición en castellano)

Edición en castellano autorizada por Jean-Bernard Racine.

Todos los derechos reservados.

No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

Traducción y adaptación: Ferran Cots.

Revisión de textos: Abigail Rodés.

Foto portada: Costa Brava/Girona (Abigail Rodés).

El ateísmo práctico/El verdadero rostro de la aflicción

FC Editor (Barcelona) • ✉ fcots.r@outlook.com

Primera edición: enero 2024.

Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera 2020.

Las citas fuera del texto y las notas al pie no pertenecen a la edición original en francés.

Imprime:



Índice

El ateísmo práctico

- | | |
|----------------------------------|----|
| 1. ¿Hacia dónde vamos? | 9 |
| 2. Un mundo en penumbra | 11 |
| 3. El final del silencio de Dios | 13 |
| 4. El reino del miedo | 15 |
| 5. Un mundo sin Dios | 17 |
| 6. ¿Se ha revelado Dios? | 19 |
| 7. Las razones del ateísmo | 21 |
| 8. El fin de la incertidumbre | 23 |

El verdadero rostro de la aflicción

- | | |
|-------------------------------------|----|
| El verdadero rostro de la aflicción | 27 |
|-------------------------------------|----|

El ateísmo práctico

El cristianismo, no solo es capaz de inferir las verdades lógicas, sino que, cuando sobreviene el absurdo, sabe acertar —digámoslo así— las verdades ilógicas.

G. K. Chesterton

¿Hacia dónde vamos?

1

Habría que estar ciego, en la más absoluta oscuridad, para no notar que la noche descende sobre el mundo; noche espiritual, noche moral, noche de miseria material; la noche más trágica de todas las noches de la historia.

En todos los continentes, los hombres de todos los países, de todas las razas, de todas las lenguas, de todas las opiniones, de todas las religiones, se preguntan ansiosamente: ¿Hacia dónde vamos? Se multiplican las conferencias para tratar de encontrar una solución a esta situación que parece cada vez más crítica para quienes piensan en ella y la ven cada vez más cerca.

Esta ansiedad global no impide, es cierto, que una multitud de hombres y mujeres vivan aparentemente despreocupados, ávidos de placer. Hay que distraerse para no pensar demasiado. Aturdirse, incluso emborracharse, son formas de perder la conciencia de un peligro, pero no pueden eliminarlo. Hoy, los que están delante de Dios, porque todavía hay hombres que le temen y adoran, los que asisten a *su consejo secreto* para ver y oír su palabra eterna, no pueden decirle al mundo a los que titubean y a las almas que olvidan a su Creador o viola abiertamente sus leyes:

No veréis espada ni habrá hambre entre vosotros, sino que en este lugar os daré paz verdadera (Jeremías 14:13).

Les resulta imposible declarar a todo aquel que sigue obstinadamente su propio camino: *no te sobrevendrá mal* (Salmo 91:10).

Oráculos fieles, responsables ante su Dios, se dirigen a quienes aún llevan el nombre de cristianos para decirles como el profeta, en esta noche de incredulidad, odio, violencia y destrucción que descende sobre el mundo:

Dad gloria al Señor, vuestro Dios, antes que haga venir tinieblas,

antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad, y que, por más que esperéis vosotros la luz, él os la vuelva en sombra de muerte y tinieblas (Jeremías 13:16).

Luego, dirigiéndose a los incrédulos, a todos los que niegan a Dios o viven prácticamente sin él, les imploran que abandonen su necedad y consideren atentamente su camino, para alejarse del abismo de desesperación hacia el que avanzan, inevitablemente, todos aquellos que se encuentran en su zona de influencia.

No pretendemos aquí hacer una exposición sistemática del ateísmo, sino demostrar a quienes, en el desorden actual, buscan *el camino, la verdad y la vida*, que la mayoría de los hombres viven prácticamente sin Dios en el mundo, incluso cuando no militan en las filas del ateísmo.

Es la visión de un mundo en penumbra lo que nos gustaría presentarles, la imagen de la humanidad vista desde arriba y no desde cualquier punto de nuestro globo, contemplada no a través de los ojos de ninguna nación, sino a través de los ojos de Dios.

Todos sabéis lo que es el crepúsculo, esa luz que persiste después del atardecer o que aparece antes del amanecer. Esta luz incierta es producida por la iluminación de las capas superiores de la atmósfera, por los rayos del sol cuando este último, estando debajo del horizonte, pero sólo a una cierta distancia, ya no puede o todavía no puede iluminarnos directamente. Así, las moléculas de aire de las regiones atmosféricas superiores nos devuelven una parte de la luz que han recibido, una claridad que siempre disminuye o aumenta. Hay, pues, en realidad dos crepúsculos, el de la tarde, que se llama ocaso, y el de la mañana, que se llama aurora o alba.

También la Biblia nos habla claramente de estos dos crepúsculos y, por paradójico que os parezca, nos muestra que llegamos a nuestros días, tanto al crepúsculo de la tarde como al amanecer de una mañana sin nubes. El profeta Isaías, en su profecía sobre Duma, nos relata estas palabras cargadas de significado:

Me gritan desde Seír: «Centinela, ¿cuánto queda de la noche? Centinela, ¿cuánto falta para que amanezca?». El centinela responde: «La mañana viene y después la noche: preguntad, si queréis preguntar. Volved a venir» (Isaías 21:11-12).

En efecto, si para un mundo impío, burlón y sin Dios; si para una religión hipócrita, sin vida y sin realidad, llega la noche, también es cierto

que la mañana se anuncia para todos los fieles creyentes. Una y otra vez la Biblia nos muestra estas dos partes de una manera muy clara: el creyente fiel espera la liberación; el mundo incrédulo y apóstata, la ira venidera. ¿Qué es lo que estamos esperando?

Esta cuestión merece nuestra atención porque, sin duda, se están manifestando los presagios del regreso personal y glorioso de Jesucristo, que el profeta Malaquías llama *el sol de justicia* (Malaquías 4:2). A medida que Israel recuperó su tierra, las capas superiores de la atmósfera se volvieron doradas. Los verdaderos cristianos que están unidos al Señor en los lugares celestiales, ya sean católicos, ortodoxos o protestantes, todos aquellos que teniendo los pies en la tierra, la cabeza sobre los hombros, ya tienen el corazón en el cielo, los verdaderos cristianos despiertan, se santifican, se consagran y se unen fuera de todos los convencionalismos. El Espíritu Santo, eliminando las barreras que los hombres han levantado entre ellos, les hace olvidar las etiquetas religiosas que los separan y los reúne a todos bajo la única bandera del amor de Jesucristo que regresa. ¡Pero estas señales también anuncian a los impíos que se acerca la hora del juicio!

¿Sabes que en los albores de la era atómica, en la era termonuclear, en el apogeo de la luz de la civilización, asistimos al ocaso de la era de la gracia, de la era del perdón, de la paciencia y del silencio de Dios y al final del período de la fe, de este tiempo bendito en el que Dios quiso que creyéramos en él sin verlo y sin oírlo más que a través de sus obras y de su Palabra? (Juan 20:29; Salmo 19).

El mundo entrará en la era en la que los hombres tendrán que creer frente a la evidencia, en la que los poderes del cielo serán sacudidos y Dios se levantará para provocar, como dice la Escritura, trastornos en la tierra. Al tiempo feliz de la fe, cuando los hombres podían creer sin ver para ser salvos, le seguirá la hora trágica en la que el mundo se verá obligado a creer frente a la evidencia. Pero esta manifestación, tantas veces solicitada, desgraciadamente no salvará a nadie.

Por el contrario, el apóstol Juan nos dice en el libro de Apocalipsis que cuando le vieron:

... decían a los montes y a las peñas: —Caed sobre nosotros y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero. Porque el gran día de su ira ha llegado y ¿quién podrá estar delante de él (Apocalipsis 6:16-17).

Aquellos que durante tanto tiempo han querido ver para creer, buscarán esconderse en los agujeros de la tierra (Isaías 2:12-22).

Seamos quienes seamos, no nos dejemos engañar; mientras todavía se proclama el evangelio a los pobres, se ofrece curación a los quebrantados de corazón, mientras todavía se promete liberación a todos los cautivos y libertad a todos los oprimidos, el día en que la vista todavía puede ser devuelta a los ciegos, las sombras descienden a nuestros valles. Empieza a hacer frío en el mundo, y este frío penetra en las almas y reemplaza el calor del amor a Dios y al prójimo.

La desesperación y el odio se apoderan de los corazones. ¿Hace frío en tu alma? ¿Frío para Dios? ¿Frío para el prójimo? No es el fin del mundo todavía, pero es el fin de una era. Llegamos al atardecer del día de gracia, al final del año de gracia del Señor que dura casi dos mil años, y a la fría noche que viene, noche del reinado del anticristo, la noche del error, de la mentira, de la opresión y el juicio.

Creyentes o incrédulos, que Dios se apodere de vosotros en este momento, que abra vuestros ojos para que vean y vuestros oídos para que oigan, porque está en juego vuestra vida, vuestra felicidad presente y eterna.

Echa un vistazo a este mundo cuyas obras aún hablan de la gloria y el poder del Creador. Este vasto teatro dado al hombre para glorificar a Dios, se convierte cada vez más en el escenario en el que los hombres representan la obra de Satanás, con los papeles aprendidos del diablo.

Contempla este mundo, en el que evoluciona un vasto sistema político, moral y religioso, y verás que sólo queda un pequeño lugar para Dios o, con demasiada frecuencia, por desgracia, para una caricatura del Dios verdadero. Apártate, pues, por unos instantes de tus pequeñas circunstancias personales, de tus pequeñas o grandes preocupaciones nacionales, sociales, eclesiásticas o familiares, y abre tus ojos, tus oídos y tu corazón.

Entonces verás cosas aterradoras, oirás cosas perturbadoras, de las que también somos responsables. En el seno de la naturaleza, que sin embargo ha permanecido tan hermosa a pesar del yugo de corrupción al que se encuentra esclavizada, verás a la pobre humanidad demente, sublevada, desesperada, viviendo sin Dios, sin ayuda sobrenatural, mordida en las entrañas por el miedo, avanzando con las manos sucias y los ojos inundados de desesperación.

El miedo gobierna el mundo. Miedo a la guerra entre grandes y pequeños, miedo a los terremotos en ciertos países, miedo a los maremotos, miedo a todos estos elementos que pueden desencadenarse.

De un momento a otro, el miedo a las epidemias, por no hablar de todos los demás miedos que reinan en los hogares: miedo a la vida, miedo a la muerte, miedo al juicio. Como los efesios antes de su conversión, los hombres viven, después de más de diecinueve siglos de cristianismo, *sin esperanza y sin Dios en el mundo* (Efesios 2:12). No estamos exagerando. Esto es tan cierto que la filosofía actual es la de la desesperación.

Pero, dirás, ¿qué hacer con nuestras iglesias, nuestros templos, nuestras capillas? Ciertamente, no ignoramos que nuestras ciudades están erizadas

de campanarios, pero también sabemos que *Dios no habita en templos hechos por manos humanas* (Hechos 17:24:25). El templo que él pide es un templo de carne, es el corazón del hombre. Como dijo Jesús:

... allí donde están dos o tres congregados en mi nombre estoy yo en medio de ellos (Mateo 18:20).

Dios se encuentra en nuestros edificios religiosos cuando los fieles se reúnen allí en comunidad y adorarán *al Padre en espíritu y en verdad* (Juan 4:21-24).

¿Cuántos hay en nuestras ciudades de estos hombres y mujeres en cuyos corazones Dios habita verdaderamente? ¿Cuántos hay que conocen a Dios en su plenitud? Si fueran tantos, nuestras ciudades se transformarían; el vicio, el robo, el adulterio, las drogas, el crimen, estarían en decadencia; habría menos niños abandonados, menos personas sin hogar, menos barrios marginales, menos lugares de vicio y menos presos en las cárceles.

Pero entonces, ¿qué harían los cines si ya no pudieran presentar en sus pantallas uno de los pecados capitales o los siete al mismo tiempo? ¿Dónde encontrarían los novelistas su inspiración, ya que, como admite el propio François Mauriac¹, *la novela tiene sus raíces en el pecado*? ¿No se ha convertido hoy el pecado en la sal de la vida y el pan de la carne?

1 ► François Mauriac (1885-1970) fue un periodista, crítico y escritor francés. Ganador del premio Nobel de literatura en 1952, es uno de los más grandes escritores católicos del siglo XX.

Ciertamente muchos hombres y mujeres tal vez no profesan el ateísmo, muchos no militan en las filas de una filosofía materialista, positivista, existencialista pero en la práctica son ateos, sin Dios, sin ayuda divina, sin Jesús, sin vida eterna. Tienen una religión, pero no un Salvador; bautizados, piensan en ser sepultados religiosamente, pero viven sin Dios.

No proclaman: *Dios no me ve, no me oye, no me conoce. Estoy solo, desesperadamente solo. Este vacío sobre mi cabeza, es Dios. Este hueco en la puerta es Dios. Este agujero en la tierra es Dios. La ausencia es Dios. El silencio es Dios. La soledad es Dios. Somos nosotros quienes decidimos lo que es el mal e inventamos lo que es el bien.*¹ Si no lo dicen, lo piensan. Si no lo piensan su vida demuestra, no obstante, que para ellos Dios y la nada son la misma cosa. Y se atreven a decir: *¡Dios no es nada, el hombre lo es todo!* Y como lo creen, no quieren a Dios y no buscan su ayuda.

El hombre ha matado a Dios, proclaman quienes hacen campaña en las filas del ateísmo. Sin embargo, lo sorprendente es que estas personas que querían librar a la humanidad de Dios no saben qué hacer con su cadáver. Los obsesiona, solo piensan en él. Sus escritos morbosos están llenos de ello. Lo mataron, pero no pueden deshacerse de él; lo arrastran con ellos y lo atacan. A diferencia de Abraham frente al cuerpo de Sara son incapaces de levantarse de la muerte que acecha sus días y sus noches.

La única diferencia que existe entre ateos y creyentes es que unos tienen un Dios muerto, otros un Dios vivo, unos cargan con un cadáver que los mata, otros son llevados y resucitados por el Dios vivo.

1 ► De la obra *«El diablo y el buen Dios»* de Jean Paul Sartre (1905-1980), filósofo, escritor, novelista, dramaturgo, activista político, biógrafo y crítico literario francés.

*El evangelio nos lleva a reconocer nuestra
propia corrupción, no sólo la ajena.*

José de Segovia

Amigo, el Dios vivo, el Dios personal existe. No ha querido seguir siendo un desconocido, una gran X. ¡No adoramos a un desconocido o una fuerza anónima, un Dios cuyo carácter o voluntad no conoceremos tampoco! ¡Dios se ha revelado y Dios se está revelando! Si todavía no lo has conocido, si la duda te corroe el corazón, estos no son motivos para que niegues su existencia.

¿No ha habido a lo largo de la historia, y no hay todavía hoy, numerosos hombres y mujeres de todas las razas, clases y condiciones, que dan testimonio de la realidad de su existencia, que dicen conocerlo y vivir su vida? ¿No deberían estos testimonios animarnos a buscar a Dios mientras todavía podemos encontrarlo? Sin embargo, dice la Escritura: ... *no hay quien busque a Dios* (Romanos 3:11b). Desde la caída, el hombre ya no tiene relación con su Creador. No podía soportar su presencia en su estado pecaminoso.

Por eso, hoy el hombre solo puede conocer a Dios a través de la revelación. Esta revelación fue primero oral. Dios habló y se transmitieron sus palabras unos a otros. Luego fue escrita y registrada en la Ley, los Salmos y los Profetas. Posteriormente se personó en Jesucristo. Finalmente esta revelación progresiva se hace interior mediante la iluminación del Espíritu Santo. Al encarnarse, Dios dio su última palabra a la humanidad en Jesucristo.

Porque ciertamente Dios estaba en Cristo —dice el apóstol Pablo— reconciliando consigo al mundo (2 Corintios 5:19).

Dios respondió a esta oración del profeta: *Si rasgaras los cielos y descendieras...* (Isaías 64:1). Velando el brillo de su gloria en un cuerpo de carne, descendió entre los hombres para destruir nuestras dudas sobre su existencia y para manifestarnos su justicia, su amor y su santidad. Pero la Biblia no es la única que da testimonio de la existencia de un Dios vivo y personal.

La misma existencia del mundo habla también a la razón humana, cuando no está enteramente cegada por el orgullo y manchada por el pecado. Las causas secundarias presuponen una causa primera. Los seres contingentes presuponen un ser necesario. Todo lo que no tiene en sí mismo el motivo de su movimiento, presupone un primer motor. Todo lo que es orden es obra de una causa inteligente. ¿De dónde más viene esta voz de la conciencia que nos prescribe el bien y condena el mal?

Finalmente, la piedra angular del ateísmo, que afirma que *nada es verdadero excepto lo que puede ser verificado por la experiencia*, ¿no clama ella misma por la falsedad del sistema? Este principio, como sabéis, es excluyente y falso, y los materialistas son los primeros en no aplicarlo. Admiten perfectamente que dos líneas paralelas nunca se encuentran y son incapaces de demostrarlo mediante experimentos.

Nuestra conclusión práctica es la de Agustín de Hipona¹: *Nadie niega a Dios a menos que le convenga que no exista*. Más cercano a nosotros, Víctor Hugo² dijo: *Negar a Dios es cieguera y locura*. La Biblia, que domina los siglos, simplemente dice:

Dice el necio en su corazón: «No hay Dios» (Salmo 14:1).

Aceptemos el momento de la verdad, y reconozcamos que no es una dificultad intelectual la que impide a los hombres creer.

La Sagrada Escritura es formal. No dice: *el que pueda*, sino:

... el que quiera, venga y tome gratuitamente del agua de la vida (Apocalipsis 22:17)

Desafortunadamente, con demasiada frecuencia, nuestras dificultades intelectuales son solo una pantalla que sirve para velar nuestra indiferencia o para ocultar a los demás las verdaderas razones de nuestra incredulidad, porque es perfectamente razonable creer.

¿No es nuestro orgullo lo que nos ciega? *Ni Dios ni Maestro*, gritará el espíritu fuerte, lo que no le impedirá ser esclavo de sus sentidos hasta su último aliento. Otros, si quisieran, admitirían que las decepciones de la vida han endurecido sus corazones. Dios no respondió a su oración. Dios dijo que no. Replegados sobre sí mismos, hicieron depender la existencia de Dios de circunstancias muy personales. Pero la mayoría, si fueran honestos, reconocerían que el amor al pecado, los hábitos adoptados, una relación o una situación que no se quiere abandonar, les empuja a rechazar la idea embarazosa de un Dios santo y a preferir la doctrina de Epicuro³:

... comamos y bebamos, porque mañana moriremos (1 Corintios 15:32).

Sin embargo, el pecado no recompensa. Sus consecuencias son impre-

vistas y trágicas. Sus placeres son mediocres y dejan, como decía Tolstói⁴, *un regusto a cenizas*. Pero reconozcámoslo. Si es razonable creer en la existencia de un Dios creador, si no queremos elevar la Nada o el Azar a esta dignidad, Dios no puede ser probado científicamente. Él se prueba a sí mismo.

1 ▶ Agustín de Hipona, conocido también como San Agustín (354-430) fue un escritor, teólogo y filósofo cristiano.

2 ▶ Víctor Marie Hugo (1802-1885) fue un poeta, dramaturgo y novelista romántico francés.

3 ▶ Epicuro (341 a.C.-271 a.C.) fue un filósofo griego, fundador de la escuela que lleva su nombre (epicureísmo).

4 ▶ León Tolstói (1828-1910) fue un novelista ruso, considerado uno de los escritores más importantes de la literatura mundial.

En la incertidumbre que caracteriza al hombre sin Dios, ante el absurdo de una vida que terminaría en la tumba, ¿por qué, en su terrible soledad y en su tenaz desesperación, el hombre rebelde, el hombre que dice no, no elevaría esta oración al cielo?: *¡Oh Dios, si existes, revélate a mí; y revélame lo que soy a tus ojos!* Jesús dijo:

Por eso os digo: Pedid y se os dará. Buscad y hallaréis. Llamad y se os abrirá. Todo aquel que pide recibe, el que busca halla y al que llama se le abrirá (Lucas 11:9-10).

Amigos incrédulos, antes de vosotros muchos llamaron y no quedaron decepcionados. ¿Por qué no imitas su ejemplo? Y si no recibes respuesta, recuerda que:

Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (1 Pedro 5:5).

Si Dios existe, acércate a él en la actitud que corresponde al pecador ante un Dios santo. Pronto sentirás la necesidad de encontrar un mediador, y entonces Dios se complacerá en revelarte a su Hijo, Jesucristo, porque:

... no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos (Hechos 4:12).

Habiéndolo conocido personalmente, conociendo más que su moral, porque habrás recibido su vida, ya no estarás en el crepúsculo de una tarde de angustia, sino en el amanecer de una mañana sin nubes. Y vosotros, cristianos, hermanos míos, si queréis que algo cambie, aceptad también para vosotros el momento de la verdad. ¿Tu vida ha demostrado al mundo que eres llevado en los brazos de Dios, o das la impresión de que tú también arrastras un cadáver?

Es hora de despertar, de levantar la hipoteca que pesa sobre el cristianismo y que se llama *la mediocridad del testimonio cristiano*. Es hora

de liberarnos del pecado que nos pesa, del pecado que clama al cielo, del pecado que atrae el relámpago del juicio, mientras que aún hoy es lícito clamar: *Gracia, gracia para uno mismo y para los demás.*

¿Dirás delante del que te mate: «Yo soy Dios»? ¡Tú, en la mano de tu verdugo, solo eres un hombre, y no un dios! (Ezequiel 28:9).

El verdadero rostro de la aflicción

La aflicción es a menudo aquello que prepara a una persona común para algún tipo de destino extraordinario.

C. S. Lewis

El verdadero rostro de la aflicción

La mayoría de la gente sólo conoce de la prueba su lado más duro y oscuro. Para muchos es el enemigo cruel, implacable, insensible al dolor, a las lágrimas, a los dolores, a las rebeliones de los humanos. La prueba tiene cien caras y afecta a todos los ámbitos de la vida material, social, conyugal, familiar, tanto a nivel físico, como moral y espiritual. Como un espejo, el rostro del hombre refleja exactamente lo que ha visto durante la prueba. Unos conservan su sonrisa amarga, otros su mirada cruel, otros ese rostro apagado e indiferente de resignación, otros finalmente los estigmas de un dolor que ni el tiempo ni nadie parece querer o poder borrar.

Amigo que estás pasando por la prueba, ¡este mensaje es para ti! No te traerá sinceras condolencias, ni siquiera lo que llamamos una palabra de simpatía cristiana. Las fórmulas más sinceras y las frases mejor elaboradas no pueden ayudarte. Al contrario, hasta el día de hoy, tal vez sólo hayan agravado tu dolor y reavivado tu sufrimiento.

No conozco tus circunstancias, ni la naturaleza misma de tu terrible experiencia, ni tus convicciones personales. No sé si eres incrédulo o creyente, si tienes alguna fe y si encuentras en ella cierta ayuda para sobrellevar tu aflicción. Solo sé una cosa, estás sufriendo, y eso me basta para sentirme cerca de ti.

Sobre todo, no pienses que quiero inmiscuirme en los asuntos ajenos o que busco a toda costa penetrar en el interior de un alma que cree que debe cerrarse y cultivar en sí misma un dolor secreto. ¡No me impondré! Puedes hacer con estas líneas lo que quieras. Como un letrado, simplemente quiero mostrarte un camino que podría llevarte a un estado donde las pruebas aún reinan, pero donde tienen otra cara y otras consecuencias que los miedos, las decepciones, las rebeliones, la soledad, el vacío, la desesperación...

Amigo lector, ¿estás sufriendo? ¿Estás solo? ¿Te das cuenta de ello y no lo puedes creer? Parece que eres el único que sufre, que antes de ti

nadie sufrió tanto como tú y que después nadie sufrirá lo que hoy estás soportando. Ayer también sufriste pero no lo sentiste. Ya estabas solo, pero no lo sabías. En el torbellino de la vida caminabas inconsciente de tu sufrimiento y del de los demás. Sin embargo, no eras feliz.

La prueba que te está pasando no ha añadido nada a tu infelicidad ni ha quitado nada a tu felicidad. Simplemente te ha revelado la verdad, la que no querías creer, aquella contra la cual multiplicaste tus ilusiones. Porque, admítelo, vivías en una ilusión. Te creías dueño de tu vida, director de tus planes, y todos tus proyectos son destruidos por la terrible experiencia. Te considerabas protegido de la pobreza por tus bienes, por tu trabajo, y hoy luchas con dificultades materiales impredecibles; la enfermedad te aparta de tu tarea y te hunde en la dependencia del dolor. Pensaste que tenías felicidad en la tierra porque en tu hogar una mujer amorosa estaba a tu lado y se anticipaba a tus deseos y, hoy, la tierra la cubre o alguien distinto a ti se apoya en su pecho. Hogar destruido por la muerte o la infidelidad. Esperabas sobrevivir en tus hijos, y para ellos acumulaste bienes, hiciste planes, quisiste darles lo que tus padres no habían podido darte a ti y, mucho antes de tiempo, tu hijo falleció o, lo que es peor, ingrato, insensible a tus deseos y a tu dolor, se ha convertido en un extraño para ti, o tal vez en una deshonra para tu nombre.

¡Impotencia! ¡Incapacidad! ¡Desilusión! ¡Vanidad, todo es vanidad! Dices «*jno!*». Te rebelas, te endureces contra el destino. Ya sea que luches o te rindas, tu vida inspira lástima. Escucha, no quiero darte un sermón. Y si siquiera encuentras el nombre de Dios en estas líneas, no te ofendas. El ateo también lo utiliza, aunque solo sea para negar su existencia. Y sus negaciones no explican nada y no proporcionan alivio. El ateísmo no está seguro de nada. En él todo se pone en duda constantemente.

¡Escucha de nuevo! Tu terrible experiencia no es la causa real y principal de tu profunda angustia. El hombre es infeliz por naturaleza. Su sed de felicidad lo demuestra. Su constante insatisfacción revela que no es feliz en esencia. No tiene nada propio, nada que sea verdaderamente suyo. Su corazón es un mundo de deseos. El hombre es un recipiente creado para ser llenado, creado para contener, un recipiente de infinitas dimensiones. Su corazón tiene sed de infinito. Pero, ¿dónde encontrarlo?

El mundo y todo lo que contiene es contingente, transitorio, corruptible, perecedero. Aquí abajo el hombre nada ha traído y sabe que nada

se llevará. Sin embargo no fue creado para sufrir. Lo sabe, lo siente. Su corazón aspira a la alegría, a la plenitud, incluso mientras se sumerge en la contaminación y los placeres de un día. Hay una cosa que el hombre debe reconocer: su felicidad no depende esencialmente de buenas o malas circunstancias, sino, sobre todo, de un estado de ánimo.

Así, un rico es infeliz en su opulencia, mientras que un pobre canta en su pobreza. La persona sana nunca deja de quejarse, mientras que la persona enferma edifica y consuela a la sana. Una mujer queda insatisfecha y aburrida cuando todo parece haberla favorecido y todo se combina para distraerla mientras, no muy lejos de ella, un rayo de alegría brilla en el hogar solitario de la viuda que lucha para salir adelante y, sin embargo, encuentra tiempo para ser caritativa.

La felicidad no está en las circunstancias ni en los seres, la felicidad está en Dios y depende del estado de nuestras relaciones con él. Porque, nos guste o no, Dios existe. Podemos vivir con él; podemos vivir sin él. Solo el hombre se beneficia o sufre pérdida con su actitud.

Debido a que el hombre vive lejos de Dios y no conoce a Dios, no tiene paz. Rico, todavía codicia; amado, teme perder a quienes ama o desea la presencia de otros; en la salud desconoce sus beneficios. Y aquí, en este estado, le golpea la dura prueba. Sin haber sabido disfrutar verdaderamente de la abundancia, ¿cómo podrá contentarse en la privación? Solo la escuela de Dios le habría enseñado eso.

Al no haber conocido nunca más amor que el de las criaturas, ¿cómo puede sospechar que existe un amor divino capaz de consolar al huérfano, de sustituir a una madre, a un padre, a una esposa, a un marido? Por eso, el día en que la muerte viene a arrebatarse a un ser querido, quizás el más querido, permanece herido, destrozado, terriblemente solo. Solo la escuela de Dios le habría enseñado a amar en Dios lo que por un tiempo él nos confía. No estaría solo en su dolor y sabría que tanto para Dios como para el creyente *todos viven*.

No habiendo sabido usar sus fuerzas para la gloria de Dios, ¿cómo podrá ahora alabarle y bendecirlo en un cuerpo débil y dolorido? Solo la comunión con Dios le hubiera enseñado a someterse a la voluntad divina y a buscar el poder que cura en Jesús. El hombre vive sin Dios. Se le olvida que aquí abajo tiene un Maestro. No se prepara para recibir su visita.

Debido a que el Maestro no le impone visiblemente su presencia, porque no le exige constantemente todos sus derechos, porque le deja cierta libertad, el hombre se cree amo y, más aún, piensa que puede monopolizarlo todo. Insensible a los múltiples beneficios del Señor, hoy cuando el Maestro exige lo que le pertenece, el hombre clama ante la injusticia, se levanta, se rebela.

Quería disfrutar sin Dios y ahora debe sufrir sin él. ¿Es realmente necesario? ¿Lo quiere realmente Dios? ¡No, no y no! Dios solo quiere que entendamos que las pruebas no son las causas de nuestra mayor angustia, sino nuestro abandono de él. Lo que hace que la prueba sea trágica es la ausencia de Dios. La ausencia de aquel que domina el mal, lo controla, lo mide; sostiene la vara en su mano, castiga como un padre y no como un enemigo o como una casualidad sorda y ciega. La prueba es solo un examen. Pero sin Dios el hombre no está preparado para ello. No conoce al examinador que parece hablarle en un idioma incomprensible. Sus pruebas lo preocupan. Al alumno le gustaría preguntar en lugar de responder, actuar como juez en lugar de dejarse juzgar.

¿Por qué seguir ignorando que solo Dios es el bien soberano? Las riquezas, los honores, la reputación, la salud, el cariño de los demás, todo esto está bien y es bueno, pero es solo accesorio y pasajero, solo Dios permanece. Pero Dios aún necesita ser conocido, revelado. El hombre no cree en Dios, no tanto por dificultad intelectual, sino porque no piensa, o no quiere pensar, porque los valores espirituales muchas veces no son nada para él. Y si todavía admite la existencia de Dios, con demasiada frecuencia, desgraciadamente, vive como si él no existiera. No lo incorpora a su vida diaria. Lucha solo, se esfuerza solo, ama solo. Vive como si Dios no hubiera venido a la tierra, no hubiera participado de nuestras alegrías y de nuestros sufrimientos, como si Dios fuera todavía el gran desconocido retirado a las profundidades de los cielos.

El hombre vive agobiado por sus dolores, sus preocupaciones, sus pecados, como si en Jesucristo Dios no se hubiera encarnado para llevar sobre sí todo el peso de nuestra miseria física, moral y espiritual, como si estas inefables palabras de la Sagrada Escritura no se hubieran hecho realidad:

Ciertamente, llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, ¡pero nosotros le tuvimos por azotado, como herido y afligido por Dios! Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por

nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados (Isaías 53:4-5)

Amigo sufriente, ¿conoces al Salvador? Mi última palabra para ti es Jesús. Él es el que necesitas. No solo el Cristo histórico de un determinado credo, sino el Cristo vivo, que murió por tus culpas y resucitó para tu justificación, y que hoy transfigura todas nuestras pruebas rodeándonos con su gracia, atravesando con nosotros los más oscuros túneles. Cristo nuestra riqueza, nuestra sabiduría. Solo Cristo es capaz de poblar todas nuestras soledades con su presencia maravillosa.

¿Por qué no vienes a Jesús? No a una religión de ritos y dogmas, sino a una persona adorable, a aquel que da vida, a aquel que nos hace vivir y nos lo revelan los Evangelios y toda la Biblia. Escucha su voz diciéndote en este momento a ti, a quien él conoce tan bien y a quien tú conoces tan poco:

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga (Mateo 11:28-30).

Verás que Dios sabe cumplir sus promesas. En él descubrirás un Padre, un Dios que sabe lo que nuestro cuerpo y nuestro corazón necesitan. Entonces tu prueba de repente tomará otro aspecto. Verás a un mensajero del cielo enviado para llevarte de regreso a Dios, a la fuente de toda felicidad duradera. Comprenderás por qué multitud de hombres y mujeres testifican que la prueba fue para ellos la mayor fuente de bendición, porque a través de ella encontraron a Dios, o aprendieron a conocer mejor su infinito amor. Entendieron lo que dijo el salmista:

Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; pero ahora guardo tu palabra... Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos (Salmo 119:67, 71).

La prueba sólo ha alejado de Dios a los formalistas, a los corazones divididos, a todos aquellos que no aceptan en sus vidas la autoridad del Señor, su derecho de educar, de instruir, de corregir a sus criaturas, en su deseo de hacerlas, por medio de Jesucristo, no sólo hijos adoptivos, sino hijos poseedores de su vida y reflejo de su naturaleza:

Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿acaso hay algún hijo a quien el padre no discipline? Pero si se os deja sin la disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces ya no sois hijos legítimos, sino ilegítimos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los respetábamos. ¿No debemos, con mucha más razón, someternos al Padre de los espíritus, y así vivir? Nuestro padres terrenales nos disciplinaban por poco tiempo, según a ellos les parecía; pero Dios nos disciplina para nuestro bien, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina, al momento de recibirla, resulta ser causa de alegría, sino de tristeza. Pero después produce frutos de paz y de justicia para aquellos que han sido instruidos por ella (Hebreos 12:7-11).

La prueba es un examen. El que cree en Jesucristo y vive su vida está preparado para ello y podrá triunfar, porque dice la Escritura:

... por causa de Cristo, a vosotros os es concedido no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él... (Filipenses 1:29).

Cuando el sufrimiento se recibe como gracia, no tarda en producir, para quienes han sido así probados, un fruto apacible de justicia. Incrédulo o creyente, hasta el día de hoy solo has conocido la cara dura y oscura de la prueba. Hoy tienes la oportunidad de conocer mejor al:

Bendito... Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de todo consuelo. Él nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros también podamos consolar a los que están sufriendo, con el mismo consuelo con que nosotros somos consolados por Dios (2 Corintios 1:3-4).

Entonces las palabras del apóstol Pablo serán vuestras:

¿Entonces, qué diremos a esto? Si Dios está a nuestro favor, ¿quién estará contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la derecha de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución,

hambre, desnudez, peligro o espada? Como está escrito: Por causa de ti siempre nos llevan a la muerte; somos tratados como ovejas de matadero. Sin embargo, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo futuro, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (Romanos 8:31-39).

Ferran Cots editor • Barcelona

**Dice el necio en
su corazón: «No hay
Dios» (Salmo 14:1)**

FC
EDITOR

